

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Número suelto, 10 céntimos. Atrasado, 25. Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

DENUNCIA

Ha sido denunciado el número anterior de El Motín. Ignoro todavía por qué. Mas supongo que no habrá sido por copiar en éste lo que dijo El Imparcial del martes último.

UN MARISTA PRESO

En Cervere, cerca de la frontera española, ha sido preso por la gendarmería francesa el hermano marista Hildebertus, de veintinueve años de edad.

Se le acusa de atentado al pudor. Fue sorprendido en el momento en que se disponía a cruzar la frontera para refugiarse en la casa que posee en España la comunidad.

El verdadero nombre del presunto delincuente es Víctor Eugenio Defude.

Viajaba vestido de paisano, y tomó en Tarazona un billete de ferrocarril para Port-Bou.

Acto importante

En la noche del sábado último le fué entregado al señor Castelar un mensaje de adhesión con más de cien mil firmas, entre ellas las siguientes:

Ramón Pérez Costales, exdiputado por la Coruña y exministro de la República. Juan Sol y Ortega, diputado a Cortes por Barcelona. Calisto Rodríguez, diputado a Cortes por Molina de Aragón. J. Martín de Ollas, exdiputado a Cortes por Madrid y Alcala (Valencia). G. Solier, exdiputado a Cortes por Cádiz (Málaga). Eduardo Basella, exdiputado siete veces por Badajoz. Eusebio Ruiz Chamorro, exdiputado a Cortes por Almadén (Ciudad Real).

El señor Castelar leyó un discurso de contestación, explicando por qué se retiró de la política activa, reconociendo que se había equivocado al creer que las conquistas democráticas estaban aseguradas, consignando que la enseñanza camina a un retroceso teocrático, y que los derechos individuales están amenazados.

En otros párrafos combatió la revolución, afirmó su fe en la evolución, afirmó su sentido conservador dentro de la República y la propiedad individual; condenó la supremacía de abajo y el retraimiento; dijo que conservaría el presupuesto eclesiástico y la Iglesia oficial y el ejército permanente; pidió una gran concentración democrática; aseguró que él no tendrá partido en la nación, en las provincias, comités, en la prensa, órganos, en el Parlamento, compañeros, y que limitarse a presentar su programa viejo garantizado por su personal historia; añadiendo que quería un presupuesto nivelado, mucha moralidad y una República, no con los republicanos solos y para los republicanos solos, sino para todos los españoles.

Fué muy aplaudido.

Después de las distinguidas damas, que en un gabinete inmediato al salón habían asistido al acto, los concurrentes pasaron al comedor, donde fueron obsequiados con un refresco.

Ligeros comentarios

Después de tantos años de apartamiento de la política activa, vuelve a ella el señor Castelar para oponerse a la reacción clerical.

Bienvenido sea. Un combatiente, y de sus bríos, y de su renombre, y de su historia, mucho puede hacer. Si no es tarde ya.

Cuando por ahora hace un año me dirigí a él ofreciéndole mi modesta ayuda para acabar con los poderes inamovibles e irresponsables, diciéndole: «Traiga usted la República salvando así la libertad, y esté seguro de que no la perturbaremos los que, cual yo, aspiramos a una que lo vuelque todo, brutalmente justiciera, sin respetos para lo legal injusto y con hambre de reformas salvadoras», era tiempo todavía. Poseíamos las Colonias, y aun cuando ya estábamos en guerra con los Estados Unidos, un cambio de régimen podía haber influido algo en la solución del conflicto, sin tantas pérdidas ni humillaciones para España. Castelar prefirió callar, y yo no insistí. Sigo, no obstante, creyendo que el momento oportuno para haber hablado y obrado era aquel.

Hoy, cuando todo está perdido, Colonias, dinero y vergüenza; cuando tantos hombres han muerto, y tantas desventuras nos han llegado, y tantas catástrofes nos amenazan; cuando ya apenas quedan alientos para luchar ni fuerzas para resistir; cuando la indiferencia domina a las multitudes, hoy Castelar levanta su voz, y trueno y relampaguea contra una reacción que no ha comenzado ahora, que viene desde hace muchos años ingiriéndose y aumentando, sin que él, defensor acérrimo de la libertad, demócrata de toda su vida, haya tenido una palabra para condenarla.

El médico que aplazara la aplicación del remedio para cuando el enfermo estuviese moribundo, o el bombero que aguardase a que el incendio se enseñoreara de todo el edificio para comenzar a apagarlo, se parecerían a Castelar.

¿Acaso la reacción ha comenzado con Polavieja? ¿Ha crecido siquiera y se ha desarrollado desde que manda? No; podrá llegar ahora a sus últimas consecuencias; pero nada más. La reacción comenzó con Cánovas, creció con Sagasta; y cuando Castelar se retiró de la política, porque las conquistas democráticas estaban aseguradas, ya llevaba andado más de la mitad del camino. ¿Por qué calló entonces y ha venido callando después? ¿Por qué no ha dado la voz de alerta al presentarse el enemigo?

¿Qué autoridad tan incontestable la suya ahora, si en alguna ocasión, bien cuando las órdenes religiosas invadieron la Península, bien cuando fueron por vez primera a Palacio, bien cuando se establecieron las cátedras de religión y moral, señales ciertas, ¿qué digo señales? pruebas indiscutibles de que la reacción renacía, levanta Castelar su voz poderosa señalando el peligro, y fustiga con el látigo de su maravillosa elocuencia a los Cánovas y Sagastas que tal consentían! Si ante la ola negra que formidable avanzaba oprime su pecho de titán democrático, ¿quién vacilaría hoy

en seguirle? Pero al recordar que ha visto impasible entronizarse a la reacción; y que sólo ha tenido palabras de desdén o de sarcasmo para los que, desde nuestra humilde esfera y con nuestros escasos medios combatimos lo que él ahora quiere exterminar; y que ha cerrado los ojos para no ver que España se llenaba de conventos y los frailes expulsados de Francia se colaban aquí; y que el jesuitismo se apoderaba por grandes captaciones de bienes cuantiosos; y que la justicia se detenía ante el umbral de los palacios episcopales; y que se institúan sociedades como la de los Padres de familia para matar la prensa; y que no pasaba semana sin romperla ni mes sin peregrinación; y que catedráticos liberales eran perseguidos; y que las vacantes se cubrían en las Universidades con el que más rezaba, no con el que más valía; y que los cadáveres eran desenterrados para echarlos al muladar; y que se les arrebataban los hijos a sus padres para bautizarlos contra su voluntad; y, en suma, que en todas partes y por todos los medios se procuraba humillar a los liberales, y despojarlos y atropellarlos, destruyendo lentamente su obra y negándole la sal y el agua; al recordar todo esto, ¿tenía algo de extraño que ahora los demócratas no corriesen a su lado con la premura que en caso contrario lo habrían hecho?

Si se hubiera opuesto a la guerra con energías a la altura de su significación; o si en momentos aciagos como los de Cavite se ofrece a salvar la patria; o si en horas de vergüenza como las del conculcamiento de la paz se presenta a salvar su honra; o si, él, que ama tanto los derechos individuales, se opone a que Sagasta los encierre bajo llave durante seis meses; o si levanta en el Congreso, antes de la última crisis, la bandera de hoy, ya que era diputado, para oponerla a esa reacción que ahora tanto le preocupa, aun cuando nada hubiera conseguido, tendrían hoy sus palabras triple eco en los corazones amantes de la verdad y la justicia...

Además, opino que lo ha quitado alguna importancia al acto la manera de realizarlo. Para hablar de democracia, y más en una nación dominada por jesuitas, frailes e hipócritas, se necesita apelar a los tonos hermosos, energéticos, que arrastran a las muchedumbres; aquellos que él tuvo como nadie en los tiempos que reinó por la palabra; aquellos que buscaban vibraciones en el sentimiento, no en la razón...

Ya lo echaría de ver el día que leyó su discurso a los encargados de presentarle el mensaje. Tuvo el acto más trazas de recepción académica que de expansión democrática. Señores que llevaban escrito un discurso... Castelar, el gran orador, el tribuno incomparable, leyéndoles ¿se concibe esto? La contestación que de antemano había redactado... Señoras que desde una habitación inmediata asistían recatadamente a la lectura...

No, no era aquello; faltaba allí vida, fuego, hálito de entusiasmo, viento popular, aun cuando hubiese sido huracanado; algo de eso que no se define, que no se pinta, pero que se siente y funde

las voluntades; algo de eso que Castelar ha podido ver en más alto grado que ningún otro, por haber hablado más intensamente que otro ninguno al alma de las muchedumbres. Aquello era la estatua hermosa, pero fría; no la escultura animada, quizá menos correcta, pero exuberante, palpitante, excitante, rosada...

Y es que no hay medio, cuando se habla de democracia, de prescindir del principal factor, del que la inspira, la resume. ¡El pueblo!

Pero, en fin, no discutamos; que traiga la República Castelar, y todo le será perdonado, aunque esa República no tenga de tal más que el nombre. Pero no por la evolución, palabra sin significado en España. Se comprende la evolución en pueblos donde conquista hecha, conquista firme; pero aquí, donde un gobierno puede (y la actitud presente de Castelar lo dice) destruir la obra revolucionaria realizada desde el año 20; aquí, donde él, que se retiró de la vida parlamentaria porque no había ya que temer esa contingencia, véase obligado a reconocer su error y volver a la lucha; aquí, donde la justicia fué siempre un mito, aquí la palabra evolución carece de sentido práctico. Podrán adelantar por ella los pueblos en que sea imposible el retroceso; no éste, donde basta un cambio de gobierno para que las leyes se apliquen de tan diferente manera, que no parece sino que, al cambiar de personas, cambia hasta la ley fundamental del Estado. Por la evolución, solamente a la reacción se puede ir en España. Castelar la ha venido predicando y practicando durante 25 años, y ya ve dónde y cómo estamos.

Creo, y lo vengo diciendo desde hace tiempo, que al extremo que han llegado las cosas, España no se salva sino por una convulsión revolucionaria tremenda; tan tremenda, que fuese yo perseguido por reaccionario. Pero esta creencia mía no me impulsa a juzgar este último paso de Castelar con arreglo a mi particular criterio, y aguardo sus actos.

Y si veo que, curado radicalmente de añejas veleidades, trabaja decididamente por la República, aun cuando no sea en la forma que yo deseara, tenga por seguro que no lo combatiré; discutiré sus ideas, no su personalidad. Pero si viese que trataba de resucitar ese cadáver hediondo que se llama partido sagastino; si su labor se encaminara a impedir que la reacción avance lo poco que le falta para dominar por completo, sin preocuparse de lo importante; si comprendiese que se había procurado impedir con ese acto que el partido republicano se reorganice para acometer la salvadora empresa a que está llamado; si resultare que se había abierto un banderín de engaño para que los incapaces y los inmorales del liberalismo cubriesen con una bandera honrada sus faltas y sus crímenes, ¡oh! entonces me dedicaría con el empeño y la tenacidad que suelo, a desbaratar esa obra de enervamiento, de componenda, de traición...

José NAKENS

La Lucha de la Habana ha lanzado acusaciones tremendas contra varios ge-

nerales, alguno de cuyos nombres cita, y anuncia la publicación de un libro que se está imprimiendo en la capital de Cuba, documentado, referente a la administración del ejército en aquella isla, y que producirá escándalo en todo el mundo.

Venga cuanto antes el libro. España es hoy una esponja empapada en punto a inmoralidades, y no puede absorber ni una gota más. No haya miedo, pues, de que el cuerpo resulte más negro que las alas.

EL CARLISMO

ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA

Con 700 defensores contaba Cuenca cuando la atacaron 14.000 carlistas a las órdenes de don Alfonso y don Blanca. Después de tres días de una defensa heroica, se rindió.

Los carlistas penetraron en la ciudad al toque de degüello, cometiendo toda clase de atentados, dando gritos y exclamando: «¡Para nadie hay cuartel!» Las puertas de las casas fueron destruidas a tiros y hachazos; los muebles arrojados por ventanas y balcones; las alhajas y el dinero, arrebatados a golpes, ocultábanlos inmediatamente los ladrones en sus fajas y morrales; las provisiones de las despensas eran devoradas, y después de ahitos destrozaban por gusto las que restaban y destrozaban los toneles, apoderándose de la ropa blanca y se la ponían, dejando en cambio a los robados los harapos llenos de sangre y parásitos; comían en los casinos espejos, mesas y botellas, y en los templos robaban las imágenes en nombre de la religión que aclamaban, llevándose un costoso pectoral de Jesús de piedras preciosas, dos mantos de terciopelo de San Juan, y una corona, rosarios, y diadema de pesada plata de la Virgen del Puente.

Tres días duraron el saqueo y la anarquía carlista, pues los jefes, en vez de contener a la chusma, sólo se ocupaban en buscar dinero. Insultos, golpes o asesinatos eran el acompañamiento de hazañas tan heroicas. Los mismos carlistas se robaban unos a otros. Cambiaban entre sí por objetos de campaña los relojes, cubiertos y sortijas recién robados, o los vendían por insignificantes cantidades a las beatas más o menos jóvenes que por fanatismo se prostituyen y les acompañaban, animándolos en su rapina y atropellos.

Hay que pasar por alto los atentados al pudor, las infames violaciones, crímenes sobre los cuales las infelices víctimas guardan un silencio que debe respetarse.

Meclados con una turba de beatas desaharrapadas, invadieron los carlistas el edificio del Instituto, pues odiaban los centros de enseñanza; incendiaron el mobiliario de las aulas, desgarraron los libros de la biblioteca, arrojaron por la ventana los objetos coleccionados en los gabinetes de Historia Natural y Geografía, y en el gabinete de Física se ensañaron con los aparatos eléctricos, los rompieron a culatazos, los patearon gritando con estúpida convicción: «¡rompamos esto que sirve para dar los partes al gobierno!»

Una de sus primeras víctimas fué el comandante de la reserva don Enrique Escobar. Se hallaba enfermo en su casa, y penetró en ella una turba desenfrenada que, después de asestarle multitud de bayonetazos le arrojó por el balcón, pisoteándole y escarneciéndole. Sin atender las súplicas de su infeliz madre, a quien derribaron hiriéndola en un brazo.

Acababa de caer el cadáver a la calle cuando pasó por allí don Blanca. Aquella furia ebria de sangre contempló con feroz sonrisa el inanimado cuerpo, y después hizo pasar su caballo varias veces sobre él, gozándose en destruir sus restos. La chusma reía y aplaudía.

Divididos en grupos marchaban los facciosos por las calles, entraban en las casas so pretexto de buscar armas, las saqueaban, violaban a las mujeres y apaleaban a los niños.

A la una de la noche obligaron a todos los habitantes no carlistas a demoler las fortificaciones. Los que, poco acostumbrados, no sabían manejar el pico, eran degollados.

La población, aterrada por tales horrores y viendo que seguían los fusilamientos contra seres indefensos, convino en que una comisión de señoras se acercase al clero a la catedral, donde los titulados príncipes se hallaban recibiendo la comunión de manos del obispo, para suplicarles que cesaran los fusilamientos y se rebajara la cuota de dos millones de contribución que habían impuesto. La súplica obtuvo esta respuesta: «que los soldados carlistas necesitaban un rato de expansión».

Aquel día se publicó un bando prometiendo indulto a cuantos voluntarios se presentasen en

Biblioteca de "El Motín,"

El dolor universal

por

Sebastián Faure

prematura o la vejez indigente. Nada saben de los gozos del espíritu, de las satisfacciones del cerebro; su pasado se llama decepción, su presente dolor, desesperación su porvenir (1).

Si huimos de la atmósfera infestada de llanuras y montañas hacia las comarcas, nuestras miradas se fijan en un espectáculo lamentable.

¡Cuántas maravillas de artista, Zola ha trabajado admirable el retrato del trabajador de los campos, desde el propietario codicioso y ávido de unas cuantas fanegas de tierra, hasta el simple jornalero alquilando sus brazos a los otros. Este, tratado con más dureza que las bestias que debe cuidar, encorvado bajo el peso de faenas rudas, gimiendo bajo las cargas más pesadas, es el primero de la granja en levantarse y el último en acostarse, regando con su sudor la tierra que no es ni nunca será suya, contentándose con la sopa y las berzas que nadie quiere, y hasta disputando a veces

(1) Véase con la Cámara de diputados un crédito para la emancipación de los negros; pero que nuestros obreros blancos son mucho menos felices que los negros de cuya emancipación se trata (Berryer). «La miseria pública es un hecho social, especialmente en los tiempos modernos, y que se manifiesta cada vez mayor a medida que la civilización se extiende». (A. Blanqui, *Revue d'Economie politique*.)

a los huéspedes de la pocilga las malas patatas destinadas a engordarlos, y compartiendo la cama con los animales de la cuadra; objeto de las risas, enredos y bromas burlescas; sin sostén, sin familia, sin amigos, este paria arrastra tristemente su cuerpo enfangado de granja en granja, de estable en estable, viviendo existencia espantosa hasta que al anochecer recógesele un día como a un perro en un surco o un bache. Como su hermano de la ciudad, este personaje es el tipo sintético de toda una clase de individuos que comprende millones de millones.

Con frecuencia, con mucha frecuencia estos malditos han tomado odio a su esclavitud, y, sublevados, han pensado en acercarse a sus hermanos en miseria. A cuantos, encadenados bajo el mismo yugo, padecían las mismas privaciones, debían sufrir los mismos dolores, y sentir indignaciones iguales. No querían someterse por más tiempo a semejantes abominaciones, querían someterse al deber; se reclamaban su derecho; nes; al fin y al cabo, el número y la fuerza. ¿Cómo se verían los años teniendo que hacer la obra sin obreros? Y después de una jornada más fatigosa que las demás, se acuestan habiendo tomado resoluciones supremas. Pero al día siguiente vuelven al campo o al taller, más tristes, más resignados que nunca, un poco por costumbre, especie de velocidad adquirida, y mucho por reflexión. Han pensado que existe una masa sin trabajo, en demanda de salario, y que, por tanto, la plaza que se abandonase no quedaría desocupada; esa plaza significa el pan asegurado, un pan muy amargo y pagado bien caro; pero, en fin, necesario para sí, para su mujer, para los hijos... Y sólo al pensar que ha estado a punto de faltarles y de verse privados de él esos pobres pequeñuelos, casi están dispuestos a creerse privilegiados.

¡Privilegiados! Lo son, sin duda, ¡oh ironía monstruosa! estos cuya existencia acaba de bosquejar; y recordará toda mi vida aquel camarada que, tras larga huelga forzada de algunas semanas, me anunció, todo regocijado, que acababa de hallar contrata y exclamó: «¡Al fin he encontrado un patrón que consiente en explotarme!»

¡Sin trabajo! ¿Cómo cambian de significación esas dos palabras según el estado de fortuna de aquellos a quienes se apli-

can! Hay personas que desde la cuna hasta el sepulcro están sin trabajo, y no lo buscan; el trabajo de los otros basta para su opulenta ociosidad. No es de esas personas de las que aquí se trata; se trata de las que sin trabajo se hallan sin salario, ¡por lo tanto, sin pan. ¡Qué situación tan horrible!

Hasta aquí hemos permanecido a la puerta del infierno social; hay que franquearla. ¿Que no tenga ya para describir este infierno la lengua mágica del inmortal autor de la Divina Comedia!

Esta es la morada fría de la desnudez y del hambre. Véase por aquí sin tregua ni reposo, con la mirada suplicante, brazos fuertes y no brazos que emplearlos en servir a alguien; ¡no quedará descontento de ellos! Los dedos de aquellos son hábiles, van de prisa, corren tan ágiles sobre la labor y costarán tan poco al que los utilice!

Semanas hace que estas desgraciadas criaturas van de puerta en puerta ofreciendo sus servicios. Los primeros días sostenidos por la esperanza, teniendo en el bolsillo el resto de la última paga, contando con el crédito que no le han rehusado al panadero ni el tendero de comestibles, han recorrido sin gran pena los talleres y las fábricas. Pero en todas partes han recibido la misma respuesta irritante: «hoy no hay, no necesitamos a nadie; vuelvan dentro de unos días y veremos». El fin-trabajo ha vuelto y la respuesta ha sido: «¡hoy no, espere!» Esta frase resuena lúgubremente. ¡Esperar, esperar todavía mientras esas pequeñas y queridas fruslerías que miraba como su riqueza toda, y con tanto trabajo compradas, han ido al Monte de Piedad! ¡Esperar, esperar y mañana habrá que llevar al Monte los últimos recursos! ¡Esperar, y el panadero reclama lo que se le debe y retira el crédito! ¡Esperar, y cumplir el alquiler y el Sr. Buitre habla de embargo y expulsión!

Poco a poco la confianza de los primeros días cede el puesto al abatimiento; el fin-trabajo tiene como el presentimiento de que nada encontrará. Vuelve, no obstante, a buscar queriendo seguir hasta el fin su doloroso calvario. Mientras ha podido ha mostrado alta la frente, altiva la mirada, firme la voz; no es él para mendigar, ni aun trabajo. Pero a medida

que avanzaba por el camino de su calvario espantoso, la cruz ha deprimido sus hombros y ha agotado sus fuerzas (1). Hoy su frente está abatida, sus ojos suplicantes, su voz tiembla. ¡Oh, trabajo, trabajo, siquiera no sea más que una semana, un día, una hora, cualquiera que sea la labor y a cualquier precio! No teme que le exijan una faena muy penosa, o que le otrezcan un jornal irrisorio; sólo tiembla porque le rehusen el trabajo, y el salario, por consiguiente...

La crisis de la huelga se prolonga y se agrava. Encuentra a las puertas de los talleres centenares de pobres diablos como él en busca de un trabajo cualquiera (2). Los ojos hundidos, amarillo el cutis, el cuerpo enfangado, los zapatos rotos, el vestido hecho girones, la gorra grisante, la ropa blanca sucia de estos desgarrados, proclaman brutalmente su negra angustia, su tremenda miseria. Cada día trae nuevas privaciones, añade el disgusto a la desesperación. ¿Qué hacer? No han leído a Mirabeau; esos hambrientos no saben que hace más de un siglo que aquel tribuno: «No hay para el proletario más que tres modos de vivir: trabajar, mendigar o robar». Y por más que han buscado, no han hallado el cuarto. Decididamente el trabajo no los quiere ya. Pues ¿qué harán mendigos o ladrones; acaso las dos cosas.

¡Mendigar, robar! Sólo con las palabras suena a su frente la poca sangre que corre aún por sus anémicas venas. ¡Tender aquella mano que tan valientemente meneaba en otro tiempo la herramienta ó el arado! ¡Implorar una limosna con aquella voz que hasta entonces nunca había pedido más que trabajo! ¡Coger con mano furtiva esos mil objetos que hacían pesar o contar en su presencia para el comerciante al por menor, y que, con alegría, llevaban a veces a su hogar! No, no; el fin-trabajo no podrá decirse a eso. Aunque quisiera no podría.

Pero esa idea que ha rechazado al principio, lo obsesiona sin cesar, se le presenta bajo el aspecto de una fatalidad ineludible, toma posesión de su cerebro y se instala en él como

(1) La miseria del cazador salvaje que con tanta frecuencia perece de hambre, no ignora a la de esos millones de familias que desde una manufactura (De Saintmonet).

(2) En los años de crisis, el número de los obreros sin trabajo se eleva hasta el 45 por 100 de la población.

(Continuad.)

el término de siete horas; los que cayeron en el lazo fueron presos en el claustro de la catedral. Mataron en su casa a un algaratero en presencia de su mujer y de sus hijos. Al interponerse recibió ella un subazo en la mano; y obedeciendo una orden feroz, la infeliz fue obligada a echar por la ventana los sesos de su esposo. También dieron muerte a un alguacil del ayuntamiento traspasándole el pecho con una bayoneta; los asesinos se reían al ver los borbotones de sangre que salían de las heridas.

Otro grupo de asesinos penetró en una casa donde se hallaba un joven de 18 años postrado con viruelas, y lo mataron en los brazos de su madre.

Un infeliz idiota llamado Anico de la Ventosa y que vivía de pedir limosna, fue destrozado porque dijo una broma que era liberal.

Un inofensivo vendedor de frutas, de quien se sospechaba haber tomado parte en la defensa de la ciudad, fue arrastrado por varias calles; le mutilaron, lo ensartaron con las bayonetas, y, todavía vivo, junto al cuartel de San Francisco le rociaron a cara con petróleo y le quemaron.

Begoll ron a un lapatero, y llevaron como recuerdo un pañuelo tinto en su sangre a la infeliz viuda y cinco hijos pequeños.

A un empleado de orden público le cortaron la cabeza, y después presentaron a su esposa el mismo sable que sirvió para la decapitación, queriendo obligarla a que besase la hoja teñida con su sangre. Se resistió, y de un golpe le cortaron los labios.

A un pobre cartero lo ataron en las inmediaciones de la puerta del Postigo, le pincharon, le cubrieron de heridas, y cuando el infeliz agonizaba, una beata de las que acompañaban del brazo a los verdugos le lavó la cara con un pepino, lo que celebró la canalla.

Por asesinar, hasta asesinaron a dos carlistas: al uno, porque no abrió pronto la puerta de su casa; al otro, por negarse a cargar con un cadáver. Al jefe del partido de Cuenca le abrieron la cabeza de un subazo.

Los asesinatos no les impedían cometer otras hazañas criminales; incendiaron el Gobierno civil, los archivos de la Diputación, Tesorería y Hacienda, la plaza de toros, con varias casas vecinas, y muchos edificios en la Carretera y barrio del Castillo.

Un detalle que retrata a tales bárbaros. En la plaza de toros se apoderaron de varios hijos de bandidos de fuego y se les clavaron a los caballos, que por enojos o débiles habían desechado. Los pobres animales corrían frenéticos por las calles.

En medio de tantos horrores salieron los titulados infantes a recorrer las calles entre músicas y banderas. Doña Blanca iba a caballo con una bandera en la mano y conduciendo prisionero al brigadier Iglesias, gobernador militar de la ciudad, atado a la cola de su caballo.

¿Qué días de horror aquellos! Nada se respetó. La senequía fue atropellada; el puñal se hundió en los pechos de todo ser indefenso que encontraba; las mujeres de cualquier edad, ante sus hijos, padres o esposos, eran violadas, luego degolladas, o hacían que a la fuerza arrojasen por sí mismas a la calle el cadáver de sus pequeños, los restos de sus esposos.

El mismo obispo señor Payá fue insultado porque acogió en su palacio a varios voluntarios que cuando entraron las facciones no tuvieron tiempo de esconderse en otra parte.

Además de la comisión de señoras, otra del ayuntamiento visitó a los infantes para suplicarles que cesaran aquellos horrores, sin resultado alguno; al entrar en el palacio vino al obispo señor Payá en la banqueta del portero agarrando a los miserables aquellos lo recibieran. Cuando lo logró, y se enteraron de que había ido a rogarles que se conservase la vida a los prisioneros, la tía aquella le contestó colérica: «Da gracias a Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con ellos»; a lo que Payá, poniendo término a sus gestiones infructuosas, y con tono de enérgica censura contestó: «De ese modo, señora, ni se conquistaron tronos en la tierra, ni coronas para el cielo!», frase hermosa y valiente que ha quedado en la historia para oprobio de la cuadrilla de criminales que se llama carlismo.

El último día de los que estuvieron en Cuenca, dióse orden de que todos aquellos que desearan indulto y no fuesen considerados como prisioneros, se presentaran en la catedral antes del término de cuatro horas, transcurridas las cuales serían pasados por las armas cuantos se encontrasen.

En vista de esto acudieron a los claustros de la catedral multitud de individuos, los que, formados de dos en dos y en medio de bayonetas fueron conducidos a la plaza a culatazos.

Después de pasar don Alfonso revista a sus fuerzas, éstas desfilaron, y detrás los prisioneros, yendo a retaguardia algunos batallones.

Los prisioneros abrigaban la esperanza de que el cabecilla Monet, que había estado en Cuenca de comandante de la guardia civil, les trataría con benevolencia, pero su ánimo decayó cuando éste les dijo «que si alguno se desmayaba o trataba de huir, sería despatchado al otro mundo de un subazo».

Comenzó la marcha, donde sufrieron toda clase de vejámenes. A pie, sin dejar montar a los que, no acostumbrados, llevaban los pies chorreando sangre; sin permitirles beber para calmar la abrasadora sed que sentían ni menos llevar a la boca un pedazo de pan, eran muertos a bayonetas o a tiros; muchos huban que, no pudiendo dar un paso más, se dejaban caer en el suelo prefiriendo morir a sobrellevar por más tiempo tan cruento martirio. Uno de ellos fue don Lorenzo Veia, que murió después de haber sido llevado en hombros durante mucho tiempo por su cuñado don Ramón Torralba. Cinco voluntarios, por no poder andar, fueron asesinados.

Aun cuando el carlismo sólo tuviera el saqueo de Cuenca en su criminal historia, él bastaría para calificarle de horda de violadores, ladrones y asesinos y justificar su exterminio.

(Del folleto 1.º de los crímenes del carlismo.)

Un recuerdo y un consejo

Era el 12 de Julio de 1874; el crepúsculo matutino se inicia en el límite del horizonte; los primeros albores del nuevo día permiten distinguir, aunque confusamente, las siluetas de los campanarios; los habitantes de la ciudad duermen tranquilos, interin los centinelas, ojo avizor por las troneras de la muralla, contienen la respiración, no alteran el silencio, y el ave nocturna, lanzando estridentes y desagradables graznidos, huye prestando el peligro que avanzaba. Media hora después, el toque de diana interrumpe la aparente calma que hasta entonces había reinado; el primer disparo de fusil anuncia la presencia del enemigo, y el estampido del cañón, repercutiendo de montaña en montaña, patentiza el comienzo de la lucha. Cuenca, guarnecida por 800 hombres, había sido sitiada durante la noche por 14.000 salvajes, hambrientos e ignorantes, que iban a imponer a tiros una religión en que no creían ni mucho menos practicaban, a escarnecer una patria que estaban haciendo girones, y a proclamar la legitimidad de un

rey estúpido, libidinoso y cobarde, prototipo de la lujuria, la inmoralidad y el libertinaje, escarnio y bofa de sus mismos partidarios.

Tres días más tarde, aquellas hordas de miserables partidarios, alentadas por los consejos de don Alfonso de Borbón y doña Blanca, sedientas por bestial instinto de venganza fiera, sin más sentimientos que el del pillaje y la rapiña ni más aspiración que la de perfeccionarse en la práctica del crimen, entraban a saqueo en la población, incendiando, robando, asesinando y violando sin respetar sexos ni edades, ni aun a sus mismos sectarios, sembrando el terror, la desolación y el luto entre aquellos pacíficos habitantes, y demostrando con sus hechos vandálicos que eran menos humanitarios que las falanges de Atila (Un dato para la historia: acudillando estas honradas huestes iba el general Borbón, aquel que no ha mucho, en la plaza del Angel, aprovechando una manifestación popular, y para captarse, sin duda, las simpatías del público, declaró ¡que era hijo de un Infante liberal!)

Pues bien; por si se tratara de repetir, como es casi seguro, análogos acontecimientos, conviene no olvidar los detalles de aquella triste jornada, oprobio y baldón del partido carlista; conviene no olvidar, especialmente los conqueses, que sus padres, sus hijos o sus hermanos fueron inmolados en aras de un fanatismo tan criminal como hipócrita y estúpido; conviene no olvidar que sus esposas, hermanas e hijas, fueron villanamente violadas por aquellos bárbaros; y en previsión de que los secuaces del absolutismo intenten reproducir hecatombes como la de Cuenca, propongo, para el momento oportuno, poner en práctica la siguiente medida. Sacar de los conventos, en primer término, a las pobrecitas monjas, condenadas voluntariamente a perpetua reclusión, para arrastrar una vida exenta de privaciones y libre de trabajos, sacrificios y sufrimientos, colocarlas sobre la muralla y en los puntos de más peligro, acompañadas de los rechonchos y retrecheros frailes que en la localidad hubiere, para hacer más llevadera su triste y prolongada soledad; advirtiendo que, a falta de frailes, buenos son canónigos o curas, aunque no ostenten el título de carlistas; pero procurando no olvidar de los hijos y esposas de los que hubieren marchado a defender la santa causa; en la seguridad de que sin disparar un solo tiro, se habrá ganado la batalla, contribuyendo al triunfo del progreso, de la razón y de la justicia.

ALFREDO GARRETERO

La prensa y el clero

El ilustrado, valiente e intencionado escritor que en *El País* viene haciendo campaña terrible contra la reacción clerical y los abusos enormes del alto clero, ha publicado dos razonados y documentados artículos, demostrándole a la prensa liberal que se le hace sorda, solapada y constante guerra en el confesionario, en las sacristías, en los círculos católicos, en los conventos, en todas partes, en fin, donde el clericalismo domina. De esos artículos son estos párrafos:

«Entre tanto, ilustres colegas, el clericalismo cada día más feroz con vosotros, y vosotros cada día más humildes con él; queréis vivir con los obispos, y es únicamente a pesar de los obispos como aquí se vive. El que aparece manso hace valiente al reconocido por cobarde. Seguid por ese camino y ni aun habrá necesidad de prohibir vuestra lectura; habréis muerto antes por consunción».

Seamos del todo francos: ya vais en baja, ¡por qué ocultarlo si lo sabemos todos los del oficio! Atravesáis una crisis que atribuis a otras causas, y en descenso progresivo, lógico, vais perdiendo, primero los lectores gazmoños que temen a los prelados; luego los hipócritas que lo aparentan; por otro lado, perdéis el público de verdad, disgustado por no hallar en vuestras columnas lo que busca, lo que ama, desea y le atrae: los ataques rudos y francos a la reacción clerical, la crítica veraz, la independencia absoluta, la claridad sana sin contemplaciones y el lenguaje conforme con lo que se siente. ¿No? Pues queriendo servir a dos señores incompatibles, reacción y opinión, clericalismo y libertad, quedaréis, más o menos pronto, abandonados por ambos; y labrando vuestra cadena, habréis contribuido poderosamente a la realidad de ese absolutismo, de esa Inquisición, de esa teocracia, de ese embrutecimiento nacional, de esa ignominia ante Europa, de ese retroceso más allá del siglo XVII, que habíamos convenido estúpidamente en que era imposible».

Buen recuerdo de verdades, pero como si... La prensa de gran circulación en España hace política de intereses, no de ideas. Afortunadamente para éstas y desgraciadamente para ella, muy pronto la obligará el clericalismo a volver por su prestigio; tal guerra le está haciendo. Hay ya por esos pulpitos zamacucos que la pintan como más proterva e ímpia que *El Motín*. Lo que es ya un colmo; ¡por que cuidado si se necesita ser ímpio y protervo para ponerle a *El Motín* el pie delante!

Pero, en fin, allá ella. El que tenga tienda que atienda.

Los panaderos han vuelto a subir el pan. Están en su derecho, aun cuando no obren en justicia.

Pero las autoridades están a su vez en la obligación de brear a multas a todos los que mermen siquiera tres gramos en panecillo y mandarlos después a la cárcel por ladrones.

Sin perjuicio de adoptar las medidas oportunas para que la fabricación del pan deje de ser casi un monopolio.

Y así vendían el pan justo. Y completo. ¿No hablan de venderlo? Hasta pudiera ser que alguno lo diese bien corrido. Por si acaso.

¿Cuán poco me preocuparían, siendo yo alcalde, los tahoneros! Ellos si que se preocuparían de mí.

Cómo estamos

Querido Nakens: Siento de veras que, después de haber llegado hace un año al extremo de recurrir al patriotismo de don Emilio, haya usted tenido que abandonarlo, sin conseguir otra cosa que ponerse en contradicción con su constante y enérgica propaganda radical.

La experiencia, maestra sapientísima, nos ha enseñado que en España no hay caracteres; que no tenemos ni generales, ni políticos, ni dictadores, ni reaccionarios, nada en suma. Esto, arriba.

A bajo sucede precisamente lo mismo: miseria, ignorancia, servilismo, embrutecimiento religioso y un escepticismo tan degradante, que el pueblo, o no vota ó vende el voto al que se lo paga mejor; y en estos dichosos pueblos pequeños no les habla usted ni de carlistas, ni de conservadores, ni de republicanos; hábiles del cacioco don Pedro, o don Juan, o don Antonio, el que los explota, los deshonra y los embrutece, y entonces lo entienden a usted.

Y los clanchullos de las quintas? Llegan al colmo de la inmoralidad. Son el banderín de enganche para cosechar votos en beneficio del partido que está en turno.

Y el Posito? Se reparte entre los panaguados.

Y los embargos de las cédulas, odioso impuesto en el que cuatro zascandiles están haciendo pingués negocios? Se hacen para reventar a los que votan en contra del alcalde.

Unase a todo esto, republicanos que flaquean y otros que se van colocando, y calcule usted cómo viviremos los que nos indispusieron con todos por nuestra actitud enérgica y digna ante estas grandísimas vergüenzas, los que contemplamos indignados cómo se desmorona y hunde todo lo bueno que nos trajo la revolución del 68, sin tener arranques para intentar el esfuerzo supremo.

Bu suma; que si terrible y desastrosa ha sido la guerra, mucho más inícuva y más perjudicial es la paz hecha por generales fracasados y políticos prostituidos.

Creo que, así como el tiempo ha dicho lo previsor que fué usted en algunos juicios que há tiempo expuso sobre la política y los políticos españoles, de igual modo temo que ejerzan de verdaderos profetas los extranjeros que aseguran que nuestro pueblo atraviesa una época de decadencia que amenaza seriamente su constitución como tal pueblo en Europa.

Dispénsesele lo haya molestado con esta triste expansión de amigo leal, y cuente siempre e incondicionalmente con su verdadero y fiel amigo que le estima de veras,

GREGORIO MILLA

Valdepeñas de Jaén 1 Mayo 99.

OÍDO A LA CAJA

La isla de Menorca es también insular barataria de la Iglesia. Disfruta su correspondiente obispado.

En toda la isla hay sólo *diecisiete parroquias*; cuyo presupuesto anual apenas alcanza a 15.000 pesetas.

Pues para surtir de clero las *diecisiete* parroquias y pastrear sus 40.000 borregos de Cristo, hay:

	Pesetas
Un obispo con.....	20.000
Por visita pastoral.....	5.000
Una catedral, personal y material.....	113.500
Un seminario.....	22.500
Total.....	161.000

Aquí, en Madrid, para las cuarenta mil almas que vive la parroquia de San Lorenzo, nos arreglamos con ciento treinta pesetas de obispo, y siete mil, entre párroco, coadjutores y fabrica; total 7.130 pesetas.

Cuesta, por consiguiente, al pueblo pagano sostener la religión en Menorca 153.830 pesetas más, que sostenerla en una parroquia de la capital de España, que tiene las mismas almas que toda la isla.

Vamos, que no salgo de mi *apoteosis*.

Hacia la Inquisición

La *Publicidad* de Barcelona denuncia iniquidades enormes y suplicios durísimos con que se castiga a las infelices asiladas en el hospital de Santa Cruz de aquella ciudad, su-

plicios que nos harían enrojecer de vergüenza, si fuera posible en España avergonzarse por estas cosas después de lo de Montjuich.

Según el colega, cuidan de las desdichadas asiladas algunas Hermanas al mando supremo de la llamada Josefina y de su segunda, la Madrona.

Apenas ingresan las enfermas son distribuidas en las salas del Hospital, en las que, si bien hay camas, no se les permite ocuparse más que a las horas de dormir, sea cualquiera la enfermedad que sufran.

Las asiladas están completamente incomunicadas entre sí y con el mundo exterior, no permitiéndoles ni siquiera hablar, ni recibir prendas de ropa de su familia, despojándolas de todo cuanto tienen al entrar allí. La infeliz sorprendida en conversación es castigada con una guardia al rechte, de ocho horas seguidas.

A las seis se las obliga a levantarse, trabajando continuamente todo el día. La comida es deficiente y uno de los castigos más frecuentes es suprimírsela. Otro consiste en encerrarlas en un cuarto sin luz ni ventilación y lleno de animales inmundos.

Otros castigos ha inventado la crueldad de las Hermanas, que, de ser ciertos, como se asegura, y cuya comprobación no será difícil, merecen severísimo correctivo. Consiste en hacer desnudar a la mujer que en opinión de la Hermana se ha hecho merecedora de ello, y tenderla, envuelta en una camisa de tela fuerte, sobre un camastro cubierto con un hule. Con unas fuertes correas con hebillas de acero se la ata a aquel potro con los brazos a la espalda, sujetas las muñecas a los tobillos, y allí permanece cuatro, seis, ocho y más horas, en posición supina sin permitirle incorporarse para nada, ni aun para satisfacer sus necesidades naturales. Este horrible suplicio ha sido aplicado a varias asiladas.

A una enferma grave, que sin duda habrá ya fallecido, se le impidió avisar a su familia.

Una joven llamada Justa, a consecuencia de los tratos que le dieron, sufrió perturbación en sus facultades mentales.

Esto, en extracto, es lo que relata extensamente el colega citado.

Si las autoridades no aclaran esto, (aclarar, eh? no oscurcerlo) con verdadero espíritu de justicia, demostrarán lo que ya está toda España a punto de creer: que se camina hacia la Inquisición a toda prisa, tanteando la opinión con tormentos cual los de Montjuich, el reciente hecho del cabo Botas, y éste que *La Publicidad* denuncia.

La prensa de gran circulación ha callado en este caso, como en casi todos los que intervienen gentes allegadas a la Iglesia. Así contribuye al esclarecimiento de la verdad y a la regeneración del país.

DOS MENOS

En estos últimos días han muerto dos constantes servidores del progreso y de la República: Eusebio Ruiz Chamorro y Antonio Tudury y Pons.

Fué el primero hombre de gran inteligencia, matemático, jurisconsulto, filósofo, catedrático, periodista, firme siempre en sus ideas y sufriendo por ellas grandes sinsabores.

Y el segundo fué hombre de corazón bravo y generoso, abierto a los grandes ideales, capitán del ejército en su juventud, destino que le arrebataron, dedicándose desde entonces a la propaganda, siendo perseguido con ensañamiento, y pasando una vida de dificultades y sacrificios sin decaer ni retroceder jamás.

Reciban las familias de ambos el testimonio de nuestra consideración y la seguridad de que compartimos su pena.

El 23 del pasado inauguró en Santiago de Galicia un centro republicano, donde pueden concurrir todos los que por cualquier medio quieran dar al traste con lo que tanta vergüenza y tanto vilipendio y tanta ruina ha arrojado sobre España.

Ya tendré ocasión de enterarme de cuántos y cuántas son los que en la población aquella aman verdaderamente la libertad, para hacerlo público después.

Que es ya llegado el tiempo de deslindar perfectamente los campos. «A un lado los de verdad. Los farsantes al otro.»

A Dios rogando...

Estamos en pleno mes de Mayo. El calor, anticipándose a la estación, deja ya sentir su poderosa influencia. Las flores, que comienzan a salir y alegrar la vista, ostentan sus múltiples colores en el jardín, cuidadosamente cultivado por el experto jardinero y fecundado por el abono abundante y benéfico que surge de artísticas cañerías y caprichosos surtidores que la habilidad del hombre prepara y combina para que en las fiestas del lujo y el sibilismo no falten esos bellos productos de la tierra, que tanto contribuyen con sus emanaciones sensuales y sus hermosos colores a la animación, a la alegría y a la embriaguez voluptuosa de los sentidos.

La prudencia y la previsión del jardinero saben contrarrestar las inclemencias de las estaciones y de los climas, para que el salón suntuoso, los altares de las vírgenes y las manos de la belleza no carezcan en ningún tiempo de los hermosos y odoríferos ramos en que artísticamente se mezclan y combinan todas las flores.

Los jardines en esta época del año están espléndidos y hermosos. En cambio los campos, en donde ya deberían reverdecer, altos y lozanos, los jugosos tallos conductores de la savia vivificante y los ricos gérmenes del menudo y aurífero grano candelal, están mal cultivados por manos toscas, rutinarias e inexpertas, abrasados por un anticipado calor primaveral semejante al del estío; resquebrajados por pertinaz sequía; las mieses, aún sin ma-

durar, en vez de erguirse impulsadas por los potentes jugos extraídos de la tierra húmeda, se inclinan hacia ella, marchitas y lacias, como si los campos sedientos se restituyeran de la savia que antes las prestaban.

Imitaron estos labradores en sus operaciones agrícolas la prudencia y la previsión de los jardineros en las suyas de floricultura? No. Al labrador no se le ocurre otro medio para evitar esos males y la inminente pérdida de su cosecha, que el de acudir al párroco y hacerle sacar las imágenes de vírgenes y santos en procesión de rogativa para que el milagro haga desaparecer el peligro que no supieron prever la prudencia y la previsión.

El milagro, como es notorio siempre que se pide en casos análogos, no se efectúa; pero resulta más cómodo a primera vista esperar todo del cielo y pedirlo todo a Dios, que el trabajar construyendo pantanos de riego, canalizando tantas masas de agua desperdigadas en ríos, arroyos y arroyuelos para aprovecharlas en estos tiempos de natural sequía; mas esa comodidad se paga a subido precio cuando el hambre y la miseria vienen luego, como lógica consecuencia, a demostrar que ni las rogativas místicas influyen para nada en los cambios atmosféricos, ni deben fundarse esperanzas en nada que no esté dentro del orden natural de las cosas.

Por otra parte, y mirando el asunto desde otro punto de vista, ese afán de pedir que los hombres tienen es molesto hasta para Dios. Las gentes pediguñas llegan a hacerse antipáticas en todas partes; hasta en el cielo.

Luego, los que se acostumbran a pedir, son insaciables; piden a Dios que llueva cuando en la atmósfera no hay nubes; que no truene cuando el nubarrón, preñado de electricidad, se cierra sobre sus cabezas; que haga frío cuando el sol está en el cenit enviando a la tierra sus rayos asfixiantes; que haga calor cuando el aire sopla del Norte; piden también a Dios que les dé el pan de cada día; que les colme de felicidades; que les depara una novia rica y guapa; que les toque la lotería; y, por último, que les lleve calzados y vestidos de patitas al cielo a gozar la bienaventuranza eterna. Amén.

Y claro está: ¿Quién resiste tanta importunidad?... Dios se enoja con muchísima razón, y manda a paseo a tales pediguñas. Y una vez Dios enojado, ¿se natural? vienen fríos y heladas en invierno; lluvias y tormentas cuando a las nubes se les antoja; calores y sequías en la estación estival, y hambre y miseria para los que no quieren ó no saben precaverse contra tales calamidades.

¿Hay nada más ridículo que esa costumbre de pedirlo todo a Dios? No es absurdo creer que ese señor no tiene más misión que la de estar variando continuamente el orden lógico de la Naturaleza y de las cosas, para que el hombre no sufra las consecuencias provenientes de su ignorancia, de su holgazanería y de su imprevisión?

Desengáñense todos esos que lo esperan todo de milagros y rogativas. El mismo vulgo dice: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Pero, desgraciadamente, hay muchas gentes que cumplen la primera parte del adagio y no practican la segunda, cuando ésta es precisamente la que hay que cumplir, aunque la otra se descuide algo.

JOSÉ CINTORA

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.— 15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a *EL MOTIN* a 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Estetismo jesuítico

«En un convento-colegio, centro de educación confiado a Padres de la Compañía, se ha celebrado pocos días una fiesta musical, a la que han asistido muchísimas personas decentes, muchas damas de la aristocracia, tenientes generales, exdiputados y senadores, la flor y nata del Madrid elegante y rico y pudiente y católico».

En esa fiesta se ha vestido de mujer, de santa, a un alumno de 12 a 14 años, que ha hecho de Santa Cecilia con éxito muy grande. La concurrencia quedó encantada; la santa estaba, según opinión general, preciosa, y fué colmada de elogios y de admiraciones. No es la primera vez que en esa casa se han representado comedias, haciendo los jóvenes alumnos, de mujeres.

Este género de educación, esta afeminación enseñada bajo la advocación de San Ignacio de Loyola, santo militar; estos éxitos del cambio de sexo aparente a la edad en que la juventud debe educarse en todo lo que haya de más viril y de más masculino posible, ha alarmado a algún padre que ha sacado de allí a su hijo.

No sabemos los nombres de los alumnos convertidos en señoritas ó en santas, según es la fiesta que se celebra de familia; pero basta con hacer constar el hecho para que Madrid sepa lo que en Madrid, capital de la España moderna, sucede, y el público hará mejor los comentarios que nosotros».

(EL NACIONAL)

El Liberal de Jaén suelta la siguiente andanada al farsante Nocedal:

«El señor Nocedal se ha propuesto ejercer de poeta, no entre los humildes, no entre los pobres, no entre los haraposos, desheredados que tienen buena cama, buena mesa entre aquellos que buena hacienda, haya ésta venido del cielo, y... de buena ó de mala manera... Todo es cuestión de arrepentirse después de haber robado a todo Dios!».

A Cristo lo crucificaron porque trataba contra todos esos a quienes Nocedal adula. Si aquí la lógica imperase revolucionariamente dos horas siquiera, deberían los humildes y los pobres por quienes abogaba Cristo, colgar de un farol a Nocedal.

Y si era cuestión de votos, y faltaba uno, y yo no había votado aún, de seguro que no se libraba.

Amar al prójimo, bien; ¡pero a los neos! No hay religión ni ley que obliguen a semejante sacrificio.

DIDEROT

pesar de sus cualidades originales y la propia fecundidad de su genio, Diderot, modificado siempre pobre. Sin duda, *La Enciclopedia* quejarse su gran público. Pero sería necesario que la obra para él en su tiempo, y precisamente antes sus-taba el poder a los suscritores, a un momento y con cualquier pretexto, nuevas. Cuando iba a aparecer la cuarta, intervinieron la censura y suprimió el primer tomo, el cual no podía publicarse ningún otro. Era preciso volver a comenzar la obra y perder el tiempo y la paciencia en dar pasos y solicitar protección. ¡Pensé que escapaba de la obra! El privilegio de *La enciclopedia* fue reducido a cero, y además Diderot, candidato a un año, se dejaba engañar por su librero, era siempre apoyado por sus colaboradores y la mayoría de éstos le abandonó, bien por miedo a un proceso, o por cansancio, y el gran escritor quedó encargado de aquella obra inmensa, en la que se esforzaba en reunir los resultados de to-

ANATALIO DE LA FORGE

J. DE LA HERMIDA

RAMIRO DE MAEZTUA

escritos los compañeros Mariano, Francisco Rivas, Nicolás Escófi, Antonio Hernández, Francisco Alvarez, José Sánchez y Tomás Alonso. Este último, obrero intelectual, dotado de una elocuencia singular y de profundos conocimientos adquiridos por el constante estudio, y sobre todo, con un corazón abierto a todos los ideales nobles y generosos, entusiasmó al público, le sujetó, y, produjo tempestades de aplausos con los brillantísimos y valientes periodos de su oración. «¿Qué diferencia—decía—entre esas fiestas embrutecedoras que la burguesía proporciona a los pueblos, y esta que hoy celebran los trabajadores de todos los países! En aquellas se congrega a las gentes en carnavalescas procesiones, se consume el vino y los torres, brotan de los labios palabras groseras, salen a relucir las navajas, corre la san-

Como siempre se repite tuvo affmo.

¡merece acabar sin gloria!

Sr. Director de El Morfn

8 Mayo 99. UNO DE CALATAYUD

«...es fuerza hay de extinguir mucha vecindad y casas con la suya, además de los disgustos, sinsabores y pleitos de que hay larga experiencia en otras partes.»

«En los mismos fundamentos los aprobó el Consejo de Estado, cuando desengañados los dichos Padres de obtener la dicha licencia por el Consejo, contra declaraciones, autos y ejecutorias, pidieron en Estado, con la simulación, silencio y broma de que tanto usan en este negocio.»

UN INCIDENTE GRAVE.—SINDICATO NEGRO.
—RECURRIR Á TESTIGOS FALSOS.

Si en Francia, donde hay libertad completa de imprenta, se atreven los clericales á intentar esas infamias para salvar á un criminal de los suyos; ¿á cuánto no se atreverán aquí teniendo á su devoción gobiernos de jesuitas, que denun-

Es forzoso tolerar á los mendigos que invaden las calles, mientras se honre y glorifique á los mendigos que viven del trabajo ageno, explotando la religión ó la política.

Hay que sufrir el espectáculo de las deformidades del mendigo callejero, mientras

dredumbre del que pordioseas votos para salir diputado y vender luego el suyo al gobierno ó á una empresa; y es ridículo hacer aspavientos porque es grande el número de los que piden, cuando se ve sin indignación cómo aumenta el de los que toman.

Verdad es que éstos no exhalan el mal olor de la miseria, pero infestan con sus apostasías; y si no provocan la compasión con sus lacerías, dan asco con su inmoralidad.

Déjense, pues, de vanas declamaciones los que en esta tierra de polaviejistas y liberales de pega truenan airados contra la mendicidad.

Forzosamente ha de haber pordioseros en un país esquilado por tomadores religiosos y laicos.

Se ha ofrecido á colaborar en EL MOTIN J. de la Hermita, ilustrado compañero que lleva publicados en *Las Dominicales* más de ochenta artículos de propaganda radical, tanto de asuntos sociales, como políticos, como religiosos.

Le damos las gracias, y en este número publicamos el trabajo primero que nos ha enviado.

Vino, mujer y revólver

Como no hay semana sin su correspondiente escándalo clerical, (á veces son tres ó cuatro) esta pasada no podía librarse del suyo, y se encargó de proporcionarlo un cura á las once y media de la noche del viernes en la casa número 34 del Paseo de Aleros.

Descartados los detalles no comprobados que en los primeros momentos dió la prensa, resulta: Que el cura don Agapito Supelana, capellán de altar de la real capilla, vive hace años con una joven de unos 24 años llamada Ana Basilia.

Que por la casa bulle un niño de pocos años, á quien el bueno del cura mantiene, saca á paseo y quiere como si fuese su hijo.

Que suele el presbítero tomar cada curda que Dios tira, y que la de la noche de antes fué fenomenal.

Que por cosas de ellos, maltrató de obra y palabra á su cónyuge mística, y ella tomó el olivo hacia la azotea de la casa, desde donde comenzó con voz angustiada á pedir auxilio.

Que el sereno número 82 subió al piso tercero, llamó, y don Agapito, después de negarse á abrir, recordando sin duda la campaña carlista, pues en ella estuvo, disparó su revólver, atravesando el proyectil la puerta de entrada y alojándose la bala, con las de Caín por supuesto, en el cinto de cuero donde el sereno llevaba las llaves.

Que unos vecinos avisaron á la Guardia civil del puesto de Pozas, la que llegó y detuvo al ministro del Señor con el revólver en la mano todavía.

Que lo llevaron á la Delegación del distrito de la Universidad, después al juzgado de guardia, y más tarde á la cárcel.

Sobre el origen y alcance de las relaciones entre el cura y la joven se han dado varias versiones, conviniendo casi todos los periódicos ¡horror! en que era pistondamente íntima, cosa que acaso creó el no que no conocen al cura, pero no yo, que sé cuán grande es su virtud.

También se asegura que no es la primera zorra que ha desollado la pareja, sino que en distintas ocasiones ha escandalizado la casa, una de ellas la noche de Reyes, dando con sus místicas personas en la Delegación citada; todo por culpa de aquel borrachín de Noé, á quien primeramente se le ocurrió exprimir el zumo de la uva.

Parece del mismo modo averiguado que hace unos cinco años armó don Agapito otro jollín parecido en la calle de Ferraz, disparando el tiro de tanda, interviniendo la policía, y terminando por fin la cosa en el juzgado municipal, por haber confesado que, enseñándole el mortífero instrumento á su ama, se le había disparado casualmente.

El ama parece que ha declarado, á instancia de respetables personas eclesiásticas, que don Agapito es poco menos que un santo, y que no tiene más defecto que ese; (el de la bebida).

Don Agapito no niega que propinase unas cuantas de cuello vuelto á Ana, con algunos piadosos soplamocos que le hicieron verter sangre; pero fué porque ella se empeñó á sacar de paseo al niño y porque le acometió con una palmaria encendida quemándole la mano izquierda.

Hasta aquí los hechos.

Los comentarios huelgan; los irá haciendo cada quisque al leer la noticia. Por esto no los hago. Sólo he de copiar este que *El Imparcial*, periódico ortodoxo, dice:

«Con lamentable frecuencia vienen enlazándose los hábitos sacerdotales á la crónica de la inmoralidad y de la delincuencia. Esto acredita que no se ejerce en el día aquella vigilancia exquisita de otros tiempos, merced á la cual eran reclusos los clérigos que ponían en olvido deberes para ellos inexesables. Con la tolerancia presente ni la te ni el clero van ganando nada.»

Grande ha sido mi pena al leer esas líneas, y al alma me ha llegado el reproche, que solamente á mí puede ir dirigido, por ser el único que en España se dedica á la moralización del clero. Mas no por esto dejo de reconocer que el colega tiene razón.

Una cosa he de exponer, no obstante, en descargamiento, y es que mis esfuerzos se estreñan ante la indiferencia de los obispos. Si ellos me ayudaran, recomendando la lectura de EL MOTIN á todos los clérigos, algo mejor andaría todo. Procure la prensa convencerlos de lo mucho que esto les conviene para meter en cintura á los curas levantisos, pendencieros, escandalosos y carcañas, y no se moverá ninguno. Mis prudentes y oportunas exhortaciones podrán en ellos más que los mayores castigos. Amén.

Ma sonrió cada vez que oigo decir que hay hombres que huyen de la religión para lanzarse sin freno por los senderos del mal. ¡Valientes necios serían los que tal hicieran!

Las religiones son tolerantes hasta la exageración con los que le rinden culto; y siendo así ¿qué necesidad tienen los inmorales de abandonarla?

Por el contrario, yo creo que todo aquel que ande divorciado de la moral.

debe acogerse á sagrado. La religión le sirve para ocultar sus faltas, como las flores y las coronas que se echan sobre los cadáveres para que no se piense en la podredumbre.

A propósito de higiene

Medida de suma necesidad es el saneamiento de iglesias y conventos.

La mayoría de los templos de antigua construcción no reúne las condiciones de higiene necesarias: falta en ellos ventilación y sobre luz artificial, que con la combustión vicia el aire; muchos son tan excesivamente húmedos, sobre todo en sus bóvedas ó cuevas, que despiden olor nauseabundo. Y ya que de las bóvedas hablo, señalaré un peligro grave. En ellas se hacían antes los enterramientos, y, por lo tanto, están repletas de restos humanos. ¿No es esto sólo motivo suficiente para que se emprenda una vigorosa campaña de desinfección?

Los templos ofrecen además los peligros comunes á todo local mal acondicionado donde se aglomera mucha gente: el de que los hábitos y ropas de las imágenes y la costumbre de besarlos que tienen los devotos, es eficaz medio de contagio.

Los conventos, especialmente los destaralados y vetustos, reúnen además de los inconvenientes de los templos, otros gravísimos. Las gentes que los ocupan, dedican al rezo y á la murmuración el tiempo que las demás al aseo, y tienen por máxima abandonar el cuerpo para cuidarse del alma.

Aunque lo más terrible para la salud pública es que en los conventos, no sólo se conservan los cadáveres de generaciones pasadas, sino que se siguen haciendo inhumaciones; cada uno es un cementerio que envenena continuamente el aire en el centro de las ciudades.

Como en tiempo de epidemia es imposible ejercer en ellos la debida inspección médica, y el respeto á la clausura es antes que la salud del vecindario, aun cuando enfermen y mueran por docenas los habitantes de un convento, no penetra en él la autoridad, y sigue siendo foco de infección.

¿Merece ó no el asunto meditarse? ¿Es ó no un deber de humanidad que se sometan las iglesias y los conventos á las disposiciones sanitarias sin respeto á ridículos privilegios?

De no hacerlo así, cuantas precauciones se tomen para atajar el mal, cuantos gastos y esfuerzos se hagan en pro de la higiene, serán completamente inútiles mientras existan esos focos invulnerables.

Cuando en 1835 el vulgo atribuyó á los frailes la causa del cólera, no iba descaminado del todo.

¡Con que rabia rasgaban los números del *Heraldo de Zamora* algunos de los curas que asistieron al banquete carlista, porque no había hablado del mitin carcunista en la forma que ellos deseaban! Y menos mal que no se comieron crudo al vendedor, un pobre ciego, cómo antropófagamente pretendían. El que con espíritu más fusilable tomó parte en la cobarde agresión, creo que fué un tal Leandro Prada, cura de los más caribes y montaceras.

Si desarmados y en un banquete se ponen tan furiosos ¿qué no harían ¡cielo santo! con un fusil en la mano y hambrientos?

Considérelo el piadoso lector.

El hombre y los alimentos

El organismo humano tiene, como una administración de intereses, una entrada y una salida. La primera está representada por los alimentos y por las bebidas, siendo Beccari quien primitivamente emitió la idea de que el cuerpo del animal está constituido por las mismas substancias que componen su alimentación. La fuerza y la salud residen en el equilibrio entre las entradas y las salidas, entre el *debe* y el *haber*.

La fisiología, después de múltiples y variadas experiencias, fijó el siguiente balance del organismo: el hombre que realiza un trabajo moderado debe introducir en el organismo, por periodos de veinticuatro horas, á fin de obtener el equilibrio de las fuerzas, 130 partes de albúmina, 84 de grasa y 450 de azúcares y substancias amiláceas. Si trabaja menos, debe comer menos. El alimento debe estar en proporción á las fuerzas consumidas, so pena de arruinar el organismo por inanición ó por exceso de consumo.

Ocurre en las clases sociales lo mismo que pasa en el reino animal: los fuertes, los triunfadores, son carnívoros, mientras que la servidumbre y la domesticidad están reservadas para los herbívoros. El halcón y el águila son animales valerosos, ávidos é independientes, mientras que el caballo y el buey se dejan cargar docilmente con la silla y el yugo.

No hay fuerza de voluntad que pueda suplir á una sangre pobre, á un músculo mal nutrido, á un nervio agotado. Los pueblos que se alimentan sobre todo de vegetales, son fácilmente dominados por los que consumen carne.

Por otra parte, conocida es la relación que existe entre el precio de los granos y el número de casamientos, así como entre el régimen de alimentación y la moralidad. Moleschott, que profundizó en el estudio de la alimentación humana, describió su influencia diciendo: «El valor, la buena voluntad y la actividad dependen principalmente de una comida sana y abundante. El hambre no amigala sólo el estómago, sino el corazón y el cerebro.»

Fenerbach, el filósofo humanista, decía á menudo que el hombre es aquello que come. Napoleón I afirmaba que el soldado tenía el corazón en el estómago. Moltke, en 1870, escribía estas palabras memorables: «En campaña, ninguna ración que alimente es cara, á excepción de la que es mala.»

Albertini, notable economista italiano, halla que entre la fisiología y la cuestión social las afinidades son enormes, sosteniendo que un pueblo que come mal no tiene condiciones para desarrollarse ni energía para sublevarse; es un pueblo exhausto, sin sangre, que, desciende miserablemente á los abismos de la Historia.

Por eso nosotros no esperamos nada de la revolución por el hambre en los pueblos acostumbrados á la miseria. El hambre envilece, oscurece la noción de la propia dignidad, borra el sentimiento de la solidaridad colectiva.

Sólo la dignidad reacciona y conspira, porque la dignidad es el producto de un organismo fuerte, servido por un cerebro robusto.

SPHINX

El deán de Avila ha acudido á todas las autoridades terrenales de aquella ciudad, y no sé si al mismo Dios, para que castigue á un ciudadano que no lo saludó cuando iba en colquio con unas beatas.

Esto va tomando color; mas todavía falta un poquito para llegar á donde sueñan los clericales: á que el ciudadano sea llevado á la cárcel durante seis meses por no dejarle la acera á un cura ó no prestarle cinco duros cuando se los pida, aun cuando él no los tenga.

Pero todo se andará: la primera materia, *la borregable*, ya la tenemos en España, y de primera calidad: cada español parece ante el clericalismo un borreguito.

¡Beccari!

CRÍA CUERVOS

Habla en una circular el arzobispo de Sevilla del Congreso católico de Burgos, y después de excitar belicosamente á sus borregos contra los liberales, dice textualmente:

«La Iglesia se entiende perfectamente con las monarquías y con las Repúblicas, y lo mismo con las monarquías templadas que con las monarquías puras, y con las repúblicas aristocráticas que con las democráticas. Unas y otras y todas pueden ser amigas ó enemigas de Cristo, y animar sus leyes, sus instituciones y su vida del espíritu cristiano ó del espíritu satánico.»

Las personas tampoco figuran en la categoría de lo fundamental. ¿Pues qué? ¿no sabemos que las personas se mudan, y el protector de ayer más de una vez se convierte en perseguidor de hoy? La vida del catolicismo y su desarrollo no dependen de que el que esté al frente de los negocios se llame Juan ó se llame Pedro, pertenecen á esta ó á otra rama de determinada familia.

Este es el agradecimiento que el Spínola tiene á la restauración por lo que ha hecho en favor suyo y del clero en general: lo mismo le da la República que don Carlos (este es para él el verdadero zaragozano) con tal que le paguen su sueldo y no lo procesen cuando ocurran ciertas cosillas en su catedral.

Esto se llama ir cada uno á lo suyo, y besar manos que se quisiera ver cortadas.

Cría cuervos, restauración, cría cuervos...

Murió un repatriado en Llerena, y consultado el cura Camino, dijo que le enteraría gratis.

Como la familia era pobre, varios vecinos se encargaron por suscripción de colocar cintas y coronas sobre su fúnebre.

Y el cura, fundándose en este lujo, faltó á su palabra y mandó la ceniza.

Hizo perfectamente. ¿Conque cintas para un imbécil que había ido á defender en Cuba el honor de la patria, muriendo por efecto de la idea? Toma cintas.

El cadáver de un necio de tal calibre, lo más que merecía era un serón sucio del que fueran tirando brutalmente cuatro neos de collera.

La concejalmanía

Los candidatos á la concejalía brotan por todas partes. Son muchos ya los que se desespitan por hacernos felices.

En un país donde á nadie le importa nada ni de la moralidad, ni de los convencidos, ni de que se lo lleva todo la trampa, es admirable el número tan grande de abnegaciones que inspira la concejalía.

No cobra sueldo el concejal; tiene que abandonar sus negocios si ha de atender á los del municipio; se expone á que lo tachen de ladrón, por lo menos; encuentra obstáculos insuperables para realizar casi todo lo conveniente y honroso; á pesar de esto, acude á sacrificarse, y aún hay quien se gasta millares de pesetas por alcanzar el cargo.

Entre los que aspiran ahora á él, hay varios monárquicos de aquellos que fueron procesados en tiempos de Abascal. Sienten, por lo visto, la nostalgia de la moralidad con vistas al chanchullo.

Y no se piense que es privilegio exclusivo de los monárquicos la manía concejalesca; tanto ó más que á ellos los entra á los republicanos.

Entre los de ahora, figura por el distrito de la Inclusa un señor Pérez del Val, progresista, quien, acuciado por el deseo de trabajar por el común, no repara en romper valeroso la disciplina de su partido, abandonando el retraimiento. Del señor Sánchez Covisa me

han venido á contar también no sé qué en cuanto candidato...

Y yo, cada vez que veo á un republicano tan afanoso por ponerse á las órdenes de un alcalde de Real orden, pienso en aquel ¿se llamaba Castro? que por federalista intransigente fué elegido, y al poco tiempo se declaró conservador. Ya se recordará á quién me refiero: á aquel fumista de la calle del Arsenal.

Se desmiente de todo lo dicho, que debe desconfiarse de todo el que, no porque el partido se lo imponga, sino por su propia voluntad, se despepa por ir al municipio. Y mientras más radical sea, muchísimo más.

La organización del robo

Entre el sinnúmero de aberraciones de nuestro sistema social, nada hay tan anómalo como la institución del comercio. El tráfico de los productos, esencia del individualismo imperante, es un maravilloso mecanismo de latrocinio universal.

No se trata aquí de palabras alisonantes ni de rebucar efectos de retórica. Se trata de demostrar claramente que la sociedad toda descansa en el ejercicio del robo, legalizado, enaltecido y reverenciado por hombres, cosas é instituciones.

Sin duda alguna que, siendo el comercio por esencia y potencia resultado inevitable de la apropiación individual y de la grande industria, que es sinónimo de grande explotación, no son al comercio, propiamente dicho, imputables los males sociales, sino á aquellas dos formas primeras del estado social presente. Mas no por esto hase de renunciar al análisis de este otro elemento de relación, que es en el que se manifiesta más abiertamente la naturaleza viciosa de nuestro organismo social entero.

Comparte el comercio toda una clase de ciudadanos, que comenzando en el viajante que ofrece géneros que no ha producido, termina en el último mercader de baratijas, que las ofrece sin conocer siquiera su origen. Los productos, antes de llegar al consumidor, pasan así por infinitos de intermediarios que van encaeciendo la mercancía. A medida que el producto circula se gravita en una proporción igual á la suma de los beneficios que de él deducen el fabricante, el que viaja con las muestras, el almacenista al por mayor y el comerciante al detall; de forma que cuando el consumidor lo adquiere, paga seguramente el doble de su coste.

De tal suerte es prodigioso este mecanismo del comercio, que yo, por ejemplo, que en colaboración con otros produce cierta cantidad de paño, de telas, de sombreros, de zapatos, etc., cuando necesito adquirir un traje, una camisa, un sombrero ó unos zapatos, pagaré por ellos, no sólo lo que me dió por mi trabajo, sino el beneficio del dueño de la fábrica, la parte proporcional de los impuestos públicos satisfechos por éste, el beneficio obtenido por el representante de la casa, el tanto por ciento que se reserva al gran almacenista y el que á su vez se asigna al comerciante al por menor. Yo, que percibí por un par de botas 14 reales, pongo por caso, pagaré por él á mi vez, como consumidor, el doble ó el triple.

Claro está que no hay que olvidar la primera materia. Pero agrava todavía la cuestión, porque el que cortó la piel y la vendió al fabricante habrá deducido también su correspondiente beneficio, que este señor fabricante recargará con cierto tanto por ciento. De modo que entre el verdadero productor y el verdadero consumidor se escurra catarata de intermediarios, verdaderos parásitos, que vive robando al que produce y al que consume. Y como estos intermediarios, á su turno, no pueden dispensarse de ser consumidores, claro es que ellos asimismo serán víctimas de este general latrocinio organizado para honra y prezo del prodigioso sistema social que disfrutamos.

Y cuenta que no hablamos aquí de los gastos de contabilidad y demás anejos á toda industria ó comercio, gastos incluidos impropriadamente en los llamados de producción. Hablamos del beneficio que, aparte estos gastos, deducen cuantos hacen objeto de comercio un producto cualquiera. Pues si aquellos gastos encarecen los productos, pudieran decirse que, siendo necesarios, no existe medio de evitar la carestía. Mas aun en este supuesto, yo, productor, no pago por mi propio producto como consumidor, no ya lo que percibí por él, ni tampoco lo que pudiera llamarse precio de costo, ó sea lo que recibí yo, más los gastos ocasionados indirectamente en su producción, sino de un golpe lo que yo percibí, lo que retiraron los empleados anejos á la industria, lo que cobró el gobierno en concepto de tributo, y por último, lo que se reserva gratuitamente multitud de intermediarios por completo inútiles.

¿No es evidente que yo, productor, soy robado muy legal y muy sencillamente? ¿No es verdad que yo, consumidor, soy robado muy legal y muy sencillamente? ¿No es verdad aún que yo, comerciante, al par que robo soy robado con mucho arte y mucha legalidad? ¿No es verdad que vivimos en pleno robo organizado, que el latrocinio legal es el firme sostén de la sociedad presente?

Así, pues, toda la ciencia de la vida consiste en robar más de lo que á uno le roben, y he aquí el secreto de que todos, todos puedan enriquecerse: se menos el productor, el obrero; porque para éste, como último mono, el robo es el océano en que se ahoga irremisiblemente, porque no le resta más que el robo violento, y para esta clase de ladrones hay cárceles y patibulos; que la ley sólo sanciona y ampara á los que para robar se ajustan á los sabios preceptos.

¿Parece duro el lenguaje? Pues es el lenguaje de la verdad: es el lenguaje claro y contundente para demostrar, sin ambigüedades, que la sociedad actual descansa por completo en el latrocinio legal, en la organización del robo.

RAUL

En la Coruña se ha acordado formar una Liga que contrarreste los trabajos del clericalismo contra las libertades á tanta costa alcanzadas. Al mitin celebrado con tal objeto en el Círculo Coruñés, y que estuvo concurridísimo, asistieron los médicos Pérez Costales y Rodríguez, el catedrático Moreno Barcia, los abogados Fontela y Vilas, todas personas de talento y de limpia historia política y social. También acordaron que una comisión visitara al capitán general y al gobernador civil para significarles que el pueblo de la Coruña vería con satisfacción que se negaba á los dominios la ocupación del

cuartel de Santo Domingo, que tiene útil empleo, puesto que está destinado á oficina de ingenieros.

No hay otro camino que ese para demostrar democracia y republicanismo. Por esto felicito á esos amigos.

El padre de Enrique Heine, banquero judío, dijo un día al poeta con bondad sa gravedad:

—Hijo mío, sé que niegas á Dios. No te repando por ello, pero te advierto que el ateísmo es una firma sin respetabilidad en la plaza.

Esto retrata á judíos, católicos, mahometanos, etc., etc. Para quedarse como lo de todos, hay que comulgar en cualquier iglesia.

Al día siguiente de celebrar la velada Zamora los carlistas, dijo el *Heraldo* de aquella capital:

«En el festín de anoche figuraban como camensales 23 señores sacerdotes, amen de algunos muchos que unos de tapadillo y otros luciendo sus hábitos, ocupaban localidades y desocupaban... sus respectivos domicilios.»

¡Y luego se quejarán de que El Morir les sacuda el polvín!

Permítame el colega replicarle que no equivoca; yo no maltrato á los curas; yo los moralizo.

Si alguno se afilga por esto, ó me maldecie, no advierte que es un ingrato de tomo y lomo, pues se olvida de la máxima «quien bien te quiera te hará llorar.»

El sentimiento religioso, dicen, es indispensable al hombre para cumplir sus deberes morales.

España es hoy religiosa hasta la médula, y, sin embargo, nunca ha sido más inmoral.

Confieso que no lo entiendo, ó que lo entiendo demasiado.

¿Por qué entran parejas de la Guardia civil en la ciudad de Figueras? Porque debe regresar á la siete de la noche la romería que había salido a amanecer para la Virgen de la Salud, y necesitan sus individuos entrar custodiados por la Guardia civil, vigilantes de consumos, policía, alguaciles y otros agentes de la autoridad.

Siempre es un consuelo el ver á los neos al medio de la fuerza pública. Lo único que entretiene el ánimo, es que no sea para conducirlos á cualquier puerto de los que salen buques para Centa ó Melilla.

SECCIÓN AMENA

BROMA REGOCIADA

Varias veces se me ocurrió hacer una diablura que me diese materia para reír el resto de mi vida, pero me abstengo por no proporcionar un mal rato á las personas que me quieren.

Diablura que consistiría en propalar la noticia de mi muerte de una manera que permitiese á los clericales afirmar que la mano de la Providencia había intervenido para castigar por mi impiedad recalescente, ó bien en que me había reconciliado á última hora con la Iglesia. En cualquier caso de estos, daría gusto oír á los clericales.

En el primero ¡qué de variantes á la frase vulgar de que Dios castiga sin palo ni piedral! ¡Qué de artículos estúpidos en la prensa neal! ¡Qué de tonterías en los pulpitos! ¡Qué regocijo en las sacristías y demás sitios mal olientes!

Y en el segundo ¡qué de argumentos en pro del poder avasallador de la fe, que había triunfado de una impiedad tan arraigada como la mía! ¡Cómo me traerían y llevarían para aplastar con mi ejemplo á los demás impíos! Es posible que hasta dijeran misas por el eterno reposo de mi alma. ¡Misas por mi alma! Me desternillaría de risa.

¡Con cuánto gusto saborearía, metido en un rincón, lo que contra mí ó en favor mío se dijera! Muchos que pasan por amigos míos, haciéndome blanco de su imparcialidad; muchos que se creen mis enemigos, dedicándome un recuerdo cariñoso.

Y cuando unos y otros hubieran satisfecho su buen deseo ó su rencor oculto, y los clericales explotado mi nombre para sus fines, bien vilipendiándolo, bien ensalzándolo; cuando me hubieran hecho víctima de misas, responsos y demás gracias espirituales, y unos me supusieran en el cielo, otros en el purgatorio, algunos en el infierno, y este correligionario me anatematizara por mi inconsecuencia, y aquel dijese que la había previsto, y el de más allá escupiera sobre mi memoria, ¡con cuánto gozo exclamaría: «¡eh! que estoy aquí!» eurristraría la pluma, me burlaría de todos, y soltaría una carcajada cuyos ecos durasen hasta mi verdadera muerte!

La broma tendría para mí otra ventaja, á más de la que he indicado de procurarme alegría para el resto de mi vida: la de co-reanudar mi conciencia, saber con quién me las había.

Pero, nada, no me atrevo; el disgustar á las personas que me quieren puede más en mí que el gusto de dar ese bromazo á los neos.

No se puede tener corazón.

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID. — IMPRENTA, LIBERTAD, 29